

Cap. 4

## UN DOMINGO

*Un domingo soplabla una tormenta  
con olas verde oro  
tocando el cielo,  
y doblando los cocoteros, haciéndolos  
bailar con nubes fantasmas  
que susurraban mentiras.*

*Y la lluvia, fuerte y blanca  
pintaba palabras en la arena  
que cambiaron mi vida.  
Ni estrellas, ni luna,  
ni canciones, ni cuentos  
para hallarme y esconderme  
ni hermanos ni hermana  
ni mami ni papi  
para abrazarme y calmarme.*

*La lluvia de palabras cae en túncles  
dejando oscuros agujeros de verdad  
sobre quién soy yo.*

*¿Quién soy?*

*Recuérdense por favor,  
antes de que la tormenta decida.*

**E**L DOMINGO ERA MI DÍA FAVORITO Y EL DÍA QUE más temía. Desde que tenía cinco años sabía que los domingos íbamos a la playa. Sabía también que los domingos papi iba también a emborracharse, iba a emborracharse enormemente, pasara lo que pasara.

Digamos que se trataba de una celebración de fin de semana; puede que papi y sus amigos lo vieran así. El domingo quedaba reservado exclusivamente para beber, y comenzaban a las nueve de la mañana.

Se sentaban en la galería con sus camisetas sin mangas y sus gruesos brazos morenos colgando por encima del respaldo de las sillas. En el centro de la galería había una mesa coja repleta de botellas de oro líquido que resplandecían a la luz del sol.

Yo me sentaba en las ramas más altas de mi árbol gri gri después de la iglesia esperando a que mami nos lle-

vara a Roberto, a Ángela y a mí a la playa. Empacábamos nuestros recipientes de plástico con pollo, salsa y plátanos hervidos y caminábamos hasta la playa. Mientras mami se sentaba a la sombra de un almendro, Roberto, Ángela y yo nadábamos y saltábamos las olas azules. A veces jugábamos al “yo la tengo” en la playa si encontrábamos una pelota abandonada que unos turistas hubieran dejado olvidada.

Por la tarde venían a la playa nuestros amigos de la escuela con sus familiares y yo jugaba con ellos: hacíamos carreras y veíamos quién podía saltar más alto para tocar las ramas de los almendros.

El domingo era absolutamente el mejor día de la semana. Mami sonreía mucho y Ángela se molestaba en enseñarme cosas bajo el brillante sol, como, por ejemplo, a trenzar mi cabello húmedo y arenoso. Pero, a pesar de lo maravilloso que eran los domingos, yo los vivía aterrorizada. Porque algunos domingos, demasiados en realidad, papi podía decidir caminar hasta la playa para reunirse con nosotros.

Cuando papi llegaba a Sosúa, casi no podía andar. Iba tambaleándose de un sitio para otro, tropezando con las toallas y las cestas de mis compañeros. Caía sobre mí y, abrazándome muy fuerte, decía:

—¿Cuánto quieres a tu papi?

Siempre me sorprendía que el sol no se escondiera detrás de una nube o algo así para avisarme de lo que se me venía encima, pero lucía tan brillante como siempre, mientras yo intentaba que papi y yo no rodáramos por la arena.

Finalmente aparecía Roberto, que llevaba a papi hasta el almendro y lo ayudaba a sentarse al lado de mami. Ella nunca decía una palabra, ni a él ni a nosotros. Se limitaba a mirar el mar con una expresión en su rostro que me hacía pensar que no estaba allí.

Desde su sitio junto a mami, papi nos gritaba, exigiéndonos que le lleváramos Coca-Cola y ron. Fortificado por la bebida, sacudía a mami sujetándola por los hombros y preguntándole:

—¿Qué pasa, mi amor?

Según transcurrían los años, los domingos se hacían peores porque papi gritaba cada vez más alto y de peor humor:

—¿Qué pasa, mi amor?

Mami nunca contestaba. Como si quisiera ponerla en evidencia, papi me hacía sentar junto a él y me preguntaba una y otra vez:

—Soy tu papi, ¿no?

—Claro que sí —respondía yo—, por supuesto que sí.

E intentaba apartar la cara de su terrible aliento.

Pero eso no bastaba y papi me preguntaba una y otra vez. Yo respondía de inmediato todas las veces, esperando que no se pusiera a dar voces o que repitiera lo que hizo una vez, cuando me arrastró de un lado a otro de la playa gritando:

—¡Ésta es mi hija! ¡Mi hija!

Unos meses después de que hubiera cumplido doce años; de que finalmente hubiera aprendido a bailar y a trenzar mi cabello perfectamente y a escribir historias que estaba orgullosa de leer en voz alta, averigüé algo que cambiaría para siempre mis domingos.

Volvía a casa desde la escuela un día cuando vi a un hombre vestido de blanco de pies a cabeza, a lomos de una mula ensillada con una silla de auténtico cuero; éste era un gran jefe, estaba claro.

El hombre me miró de arriba abajo.

—Eres Ana Rosa, ¿sí? —preguntó.

Asentí con la cabeza. Antes de que pudiera preguntarle quién era él se inclinó y me dio un billete de cinco pesos. Examiné asombrada el papel rojo. ¡Tantísimo dinero! Entonces, mientras lo miraba, me dijo:

—Cómprate algo bonito, cualquier cosa que te guste. Y llévale a tu mami su bizcocho favorito, el amarillo y negro.

Yo estaba tan sorprendida que todo lo que pude decir fue:

—Gracias, señor.

Ni siquiera sabía que mami tuviera un bizcocho favorito. Me quedé de pie en el camino contemplando cómo se alejaba a lomos de la corpulenta mula. Entonces corrí al colmado del señor García y le pedí mis amados dulces, un puñado de chicles y el bizcocho amarillo y negro de mami. Corrí a casa para enseñarle las golosinas a mami.

Cuando vio los dulces que saqué de la bolsa, los ojos de mami se abrieron como platos. Entonces al poner el bizcocho sobre la mesa y decir, «tu favorito», me agarró con fuerza de los hombros.

—¿De dónde has sacado todo esto? —su voz quemaba en mis oídos como fuego.

Me empezaron a temblar las rodillas. Antes de que pudiera explicar lo que había pasado, mami me arrastró a través de la habitación y me sacó de la casa.

—Vamos a ir al colmado ahora mismo a averiguar quién ha pagado todo esto —dijo—. Ana Rosa, juro



que si me entero de que le has quitado dinero a alguien...

—¡No lo he robado! —grité caminado lo más rápido que podía junto a ella.

Mientras andábamos, le conté lo del hombre a lomos de la mula. Cuanto más le contaba más se transformaba su rostro en una máscara iracunda. Me daba miedo mirar a mi mami porque había dejado de parecer ella. Ni dulces sonrisas ni palabras suaves. Mi mami se había salido de sí misma y me parecía una extraña. Era una estrella que había explotado cerca de la Tierra y arrasaba todo cuanto tocaba.

Cuando llegamos al colmado, mami le habló tan deprisa al señor García que no pude entender casi nada. Durante cinco minutos las palabras me llevaron a sitios que no podía alcanzar, así que dejé de intentar convertirlas en algo comprensible.

Después de un rato, mami me cogió de la mano y volvimos a casa. Yo sabía, no por nada de lo que había oído, sino por lo que podía sentir, que nuestras vidas habían cambiado.

Antes de que llegáramos a casa oí el silbido de papi. Era el día de cobro de Guario y estábamos preparando otra pequeña fiesta; papi llevaba sillas a la galería. Cuando

nos oyó acercarnos se dio la vuelta, pero tan pronto como vio el rostro de mami, se detuvo. Se quedó tan quieto como las hojas antes de una tormenta.

Entonces, en un segundo, vi al magnífico bailarín que era mi papi convertirse en un viejo torpe. Su mano tanteó ciegamente detrás de él en busca de una silla. Con un gran suspiro papi se sentó y nos miró con dos ojos que parecían dos agujeros negros. De repente, tuve mucho miedo.

—¿Qué pasa, mami? ¿papi? —pregunté en voz baja.

Escuché mientras mami hablaba muy despacio y muy claro, contándole a papi lo del hombre de la mula. Y que ese hombre era mi padre. Y cómo me había dado dinero y se había alejado cabalgando.

—Pero yo tengo un padre —dije cuando mami hubo acabado—. ¿No es así, papi?

Papi inclinó la cabeza y contempló la botella de ron.

Mami se limpió las manos en el vestido y se sentó en la galería. Yo jamás había visto a mami sentada en la galería durante el día, jamás en mi vida. Así fue como supe que la cosa era seria y que el hombre al que yo llamaba papi no era mi papi. Lo miré —mi bailarín sonriente, mi papi bebedor—, el hombre que me había enseñado a bailar y que me avergonzaba sin falta los do-



mingos. El hombre que insistía en que yo era su hija... ¿pero qué decía mami?

¿Cómo podía ser mi padre ese hombre vestido de blanco que se sentaba sobre una mula aparejada con una elegante silla de cuero? Mami siguió hablando, y con mi confusión como fondo, oí que me contaba de un domingo hace mucho, un domingo en el que papi se alejó durante días bebiéndose todos los pesos que había para la comida. Ella no tenía nada que dar ni a Guario ni a Roberto ni a Ángela.

¿Pero qué decía mami? ¿Que el hombre de la mula le dio dinero? ¿Que le compró comida? ¿Y que por eso se convirtió en mi padre? En lo profundo de mi corazón sabía que todo esto no tenía el menor sentido. Pero en mis entrañas, en el fondo mismo de mi confusión, estaba el miedo de que mami estuviera diciendo la verdad.

Me levanté y corrí dejando a mi mami y a mi no-papi en la galería. Bajé hasta la playa, el único sitio en el mundo en el que podía estar. Dejé atrás a mis amigos que jugaban en la orilla dando patadas a las olas y subiéndose a los árboles como ranas.

Los dejé atrás silenciosamente.

—¿A dónde vas, Ana Rosa? —me preguntaron a gritos.

Recorrí la playa buscando un lugar silencioso, pero el sonido del viento y de las olas lo hacía imposible.

No había silencio, sino un estrépito como si se hubieran abierto mil ventanas y pudieras oír las voces de todos los vecinos.

Las preguntas se arremolinaban en mi cabeza mareándome. Si papi no era mi padre... ¿tenía aún una familia? Y Guario... ¿todavía era mi hermano? Sentí un agudo dolor en un costado y crucé los brazos sobre la cintura, doblándome hacia delante con el increíble sentimiento de pérdida de que Guario podría no ser mi hermano.

—¡Pero lo es, lo es! —grité al cielo.

Cerré los ojos que me picaban por el sol y me senté en la arena. Cuando el sol hubo llenado toda mi piel con su calor, me levanté y me introduje en el agua, con los brazos extendidos a los lados. Era tan clara que podía ver mi sombra en ella: yo era una cruz oscura sobre la superficie. La hermosa agua limpia se abrió y yo me deslicé en su interior, dejando que su frescura me colmara.

Jamás sería de nuevo la misma Ana Rosa Hernández.

Cuando finalmente salí en busca de aire, me tumbé sobre la espalda y me dejé flotar, mirando el lejano cielo y escuchando la música del mar en mis oídos.

Deseé quedarme allí para siempre, rodeada por encima y por debajo de lo azul del cielo y del mar. Un lugar donde no existen las palabras. Nada, salvo un círculo de oscuridad que se extendía dentro de mí.

Floté durante un rato, mirando al cielo. Entonces, de muy lejos, oí susurros. Era una cancioncilla que yo solía cantarle a mi madre.

*Del cielo cayó una rosa  
pero no se deshojó.  
Mi madre me quiere  
mucho  
pero más la quiero yo.*

Cerré los ojos a todo ese azul que me rodeaba y pensé en mi madre, mi mami, mi amiga del día de lavar la ropa, mi fuerza que jamás cedía, la que creía que "tú escribirás historias, cariño". Desde algún lugar dentro de mí misma supe que mami me necesitaba, y que ella, como yo, tenía un montón de palabras y preguntas que luchaban en su interior. Y que si no estábamos juntas, una noche oscura esas mismas preguntas nos comerían y escupirían nuestros huesos en la arena.

Pero yo era escritora, ¿no? Amaba las palabras. Para



mí, papi era todavía mi papi y las palabras no tenían que convertirse en el enemigo que destruyera a mi familia. Yo tenía poder sobre ellas, podía transformarlas en cualquier cosa que quisiera. No mentiras, no historias tristes, sino lo opuesto. Podía volver a escribirlo todo para hacer que los ojos de domingo de mi no-papi desaparecieran y quizá para traernos de vuelta la expresión absorta de mami los domingos... para traérsela de vuelta a papi.

La palabras de una chica, pensé, ¿pueden ser tan poderosas? Era tiempo de averiguarlo. Escribiría un poema, decidí, y se lo daría a mami y a papi y ellos sabrían que las palabras son todo y nada al mismo tiempo. Porque el hombre que bebe ron en la galería es mi papi, me guste o no: ¡es mi papi y el hombre de la mula es una historia!

